

cual, con los fusiles, no podíamos alejar á los que nos asaltaban; nos acosaban á medio tiro de cañón, nos escoltaban y nos destruían, extendiendo una línea de fuego, igual en longitud á la que recorríamos. Era forzoso detenerse y recibir la muerte sin darla: y si nos deteníamos, moríamos.

Andábamos bajo el fuego, nos deteníamos bajo el fuego, comíamos bajo el fuego; la muerte nos sorprendía andando, descansando, comiendo; hubiérase dicho que únicamente la Muerte no se daba punto de reposo.

Llegó la noche —la cuarta noche—; resolvieron no detenerse, andar siempre. Los franceses no debían estar lejos.

Quedaban unos veinte caballos y unos veinte caballeros; Luis Richard, que había pasado por entre mil muertes sin recibir un rasguño, se puso al frente de aquellos soldados, y se adelantó hacia la dirección en donde se suponía debía hallarse Orcha, esto es, el ejército francés.

XVI

¡Mi corona por un caballo!
RICARDO III.

¡Trescientos millones para Ney!
NAPOLEÓN.

El 14 de noviembre, según hemos dicho, Napoleón abandonó Smolensko.

El primer día no encontraron más enemigo que el terreno —enemigo bastante fuerte, bastante terrible, bastante porfiado él solo para destruir un ejército!— Partieron de noche y en silencio; silencio interrumpido por las imprecaciones de los soldados del tren, por los latigazos con que fustigaban á los caballos, por el ruido que hacían cañones y furgones llegados penosamente á la cumbre de algún repliegue del terreno, y que, al llegar allí, impelidos por su propio peso, caían en confusión unos sobre otros, destrozándose y desmontándose al fondo de la hendidura.

¡La artillería de la guardia empleó veintidós horas en recorrer cinco leguas!

El ejército se extendía en un espacio de unas diez leguas; esto es, de Smolensko á Krasnoi.

Korytnia hallábase á la mitad del camino entre Smolensko y Krasnoi. Napoleón deseaba detenerse en Koryt-

nia; pero allí, la carretera de Elnia, se cruzaba con la de Krasnoi, y por aquélla avanzaba un ejército con tanto orden cuanto en desorden estaba el nuestro, tan numeroso cuanto el nuestro reducido, y tan animoso cuanto desanimado iba el nuestro.

Aquel ejército se componía de noventa mil hombres, y lo mandaba Kutusoff.

Su vanguardia nos había precedido en Korytnia.

La noticia fué comunicada á Napoleón.

—¡Pensaba detenerme en Korytnia!—dijo.—¡Que desalojen á los rusos!

Un general, no se sabe cuál —sólo los grandes nombres sobresalían en aquel desastre, como únicamente los grandes restos atraen las miradas en un naufragio—; un general se puso al frente de un millar de hombres y desalojó á los rusos de Korytnia.

La desesperación, ó, más bien, el desprecio de la muerte, había quintuplicado las fuerzas: lo que antes se hacía apenas con diez mil hombres, ¡ahora se hacía con quinientos!

Mientras Napoleón entraba en Korytnia, notificósele que otra vanguardia se fortificaba detrás de un barranco, á tres leguas más allá del pueblo; aquella vanguardia era la de Miloradovitch, que llegaba, por otro lado, á paso de carga, con veinticinco mil hombres.

Así, pues, ¡había que abrirse paso por entre ciento quince mil hombres para llegar á Francia!

Napoleón escuchó esta noticia en la única casa que quedara en pie en el pueblo de Korytnia. Estaba sentado ante una mesa en donde había algunos mapas de comunicaciones, mapas de países desconocidos, de exactitud dudosa.

En esto, entró un ayudante del general Sebastiani.

Había encontrado en Krasnoi la vanguardia de un tercer ejército, que ignoraba á quién pertenecía; Sebastiani había ido á desalojarle para dejar libre el paso, y lo mandaba decir á Napoleón.

Además, habían oído decir,—añadió el mismo edecán,—que en Liady, pueblo situado á tres leguas más allá de Krasnoi, otra vanguardia, la cuarta, que suponíase pertenecía á algún cuerpo irregular de cosacos, había copado algunos hombres que avanzaban aisladamente, y entre ellos dos generales.

Esperábase que Napoleón, al saber todos aquellos movimientos hostiles que se realizaban alrededor y enfrente

de él, enviaría órdenes á los cuerpos de Eugenio, de Davoust y de Ney, que se habían quedado en Smolensko, para que apresuraran su marcha, á fin de oponer quince ó veinte mil hombres al menos á los doscientos mil. Napoleón permaneció pensativo y no dió ninguna orden.

Al día siguiente pusieron en movimiento, como si los exploradores hubieran avisado que el camino estaba libre; la columna, con Napoleón al centro, avanzaba sin precaución, como si la estrella que guiaba hacia Marengo y Austerlitz á los conquistadores del mundo brillase todavía en el helado cielo de Rusia.

Los merodeadores y los fugitivos formaban la vanguardia; los enfermos y heridos, la retaguardia.

A un cierto punto, halláronse enfrente de una línea inmóvil, especie de muralla de hombres y caballos levantada en la llanura de nieve.

Los merodeadores y fugitivos se detuvieron, y el oleaje que se produjo llegó hasta chocar con el caballo de Napoleón, quien, levantando la cabeza, dirigió su catalejo hacia aquella línea negra, y se limitó á decir:

—Son los cosacos. Lanzad una docena de tiradores contra ellos. ¡Que abran camino, y pasaremos!

Un oficial toma una docena de hombres y penetra en aquella muralla; toda la banda huye como bandada de aves asustadas. El paso queda libre.

Pero, de pronto, á la izquierda, estalla una batería de cañones; las balas toman de flanco á la columna y surcan el camino por donde transita.

Todas las miradas se dirigen á Napoleón.

—¿Qué hay?—pregunta.

—¡Mirad, señor!

Y le muestran tres hombres derribados por la misma bala, á diez pasos de él.

—¡Tomad esa batería!—dijo.

Excelmans, herido, se pone á la cabeza de siete ú ochocientos westfalianos, y corre á atacar la batería, mientras lo que queda de la vieja guardia se apiña alrededor de Napoleón para amortiguar los efectos de la metralla.

Pasan tranquilos é indiferentes bajo aquel fuego; los músicos de la guardia tocan: *¿Dónde se puede estar mejor que en el seno de la familia?*

Pero el emperador extiende la mano; la música calla.

—Amigos,—dice,—tocad: *¡Veamos por la salvación del imperio!*

Y mientras truena el cañoneo, al que no se puede contestar más que con aquel frío y altivo valor, la música de la guardia, tranquila como en la parada, toca la pieza pedida por Napoleón.

Los fuegos se apagaron antes de que se acabara la música.

Excelmans había expugnado la colina, arrollando artillería y artilleros.

—¡Ya veis,—dijo Napoleón,—ya veis los enemigos con quienes tenemos que luchar!

Aquel día, la tierra había sido más difícil de vencer que el enemigo: apenas habíamos perdido un centenar de hombres; pero cada repliegue del camino nos había arrancado un cañón, un armón, un carro.

Por desgracia, aun cuando los rezagados tuvieran tiempo de desvalijar los bagajes, no tenían tiempo para clavar los cañones, y cada pieza abandonada podía volverse contra nosotros una hora después.

Napoleón llegó á Krasnoi; pero, detrás de él, aquel ejército que nos había visto pasar desde las alturas, bajó al llano, y los veinticinco mil hombres de Miloradovitch colocáronse entre Napoleón y los tres cuerpos de ejército que le seguían.

Así es que, después de haber pasado la noche en Krasnoi, al día siguiente, cuando iba á ponerse de nuevo en camino, oyóse retumbar el cañón á cinco ó seis leguas atrás: era Eugenio, que, atacado por Miloradovitch, sembraba de muertos aquel campo de batalla por donde debía pasar á su vez el general Ney, y entre cuyos cadáveres vimos á Pablo Richard, muerto ahora también, buscar el cadáver de su hermano.

Napoleón dió orden de que se detuvieran las columnas; mucho tiempo hacía que Eugenio, su amado hijo, había reparado los desastres de Pordenone y de Sacile: el emperador no quería dejar á Eugenio en manos del enemigo.

Napoleón esperó todo el día; Eugenio no pareció.

Por la noche cesó el cañoneo.

Napoleón tenía una esperanza y la expresó en voz alta, á fin de aumentar su confianza con la adhesión de los demás: Eugenio se había replegado con Davoust y con Ney, y al día siguiente los tres cuerpos reunidos atravesarían la línea rusa, uniéndose á nuestra retaguardia.

Transcurrió la noche, llegó el día, y no se vió á nadie; pero volvió á despertarse el cañón. Era Kutusoff que aplas-

taba á Ney en los mismos cerros en que, la víspera, había aplastado á Eugenio.

Napoleón llama á Bessières, Mortier y Lefebvre, los tres mariscales que tiene á su lado; en cuanto á Berthier, no tiene necesidad de llamarlo: Berthier no se separa de él; Berthier es la sombra de Napoleón.

Es evidente que el ejército francés está perseguido por todo el ejército ruso; éste ha creído envolver á Napoleón, y lo ha dejado pasar; ha creído preso á César, y sólo tiene á sus lugartenientes.

Siguiendo adelante —y mientras aquél se obstina contra Eugenio, Davoust y Ney—, se puede aventajar una etapa, dos, tal vez tres sobre el enemigo; entonces puede considerarse salvado, porque se encontrará en la Lituania, país amigo, y serán los rusos, en cambio, los que se hallarán en país enemigo.

Pero así abandona cobardemente á valerosos compañeros; ¡salva la cabeza á expensas de los miembros! ¿No es mejor morir juntos, ó juntos salvarse?

Napoleón ya no manda, pregunta; y no dice «¡Quiero!», dice «¿Queréis?»

Uno solo le responde: «¡Vamos!»

Entonces el jabalí con defensas de acero se revuelve; pero en aquel momento le dicen que el general ruso Ojárovsky le ha ganado por mano con una vanguardia; no se puede retroceder llevando rusos detrás.

El emperador llama á Rapp.

—Marcha contra esa vanguardia,—le dice,—sin perder un minuto; atácala á favor de la obscuridad; ni un tiro, ¿comprendes?... ¡nada más que á la bayoneta! ¡Quiero que, por la primera vez que muestran tanta audacia, se acuerden por mucho tiempo!

Cuando Napoleón mandaba, no había más que obedecer. Sin proferir una palabra, Rapp se lanzó adelante; mas, apenas hubo dado diez pasos, Napoleón le llamó.

Un mundo de ideas había atravesado su cerebro en un minuto.

—No,—dijo,—quédate aquí, Rapp: no quiero hacerte matar en semejante escaramuza; el año que viene tendré necesidad de ti en Dantzick. Que vaya Roguet en tu lugar.

Y Rapp se marchó, pensativo á su vez, á llevar aquella orden al general Roguet; pensativo, decimos, porque, en efecto, había motivos para sorprenderse de que, en la alternativa de regresar á Rusia, rodeado por ciento cincuen-

ta mil hombres rusos, y cuando los demás hablaban de Francia como de una tierra imaginaria, Napoleón viera lo que haría dentro de un año, y asignara á uno de sus lugartenientes la ciudad que tendría que defender ¡á ciento ochenta leguas del lugar en que él mismo parecía que no podía defenderse!

Roguet partió, atacó al enemigo á la bayoneta, le echó de Chirkova y de Malievo, y le imprimió tal embestida, que el ejército ruso retrocedió diez leguas, y suspendió su movimiento durante veinticuatro horas.

Al mediar la noche, se señaló la proximidad de Eugenio.

El príncipe llegaba solo; se había abierto camino por entre los rusos, pero ignoraba lo que era de Davoust y de Ney. Se batían probablemente, pues todo el día estuvo oyendo á su derecha retumbar el cañón.

Kutusoff era, decididamente, la providencia del ejército francés: el viejo, tan frío como su invierno, se contentaba con destruir con sus cañones, como el invierno destruía con la nieve y el viento.

Napoleón se aprovechó de la inercia de Kutusoff y de la sacudida dada por Roguet á Ojarosky para hacer marchar hacia Orcha y Borisof á Víctor con treinta mil hombres y á Schwartzenberg con los depósitos; pero él no abandonará á Davoust y á Ney, como no ha abandonado á Eugenio, y aun se esforzará por encontrarlos; sólo que si hace tan supremo movimiento no será, como en Eckmühl, para obtener una gran victoria; ¡será para salvar á dos mariscales y los restos de dos ejércitos!

El 17 manda que todos estén dispuestos á las cinco de la madrugada; y cuando todo el ejército —lo que queda del ejército— cree que van á dirigirse hacia Polonia, Napoleón vuelve la espalda á Polonia y se dirige hacia el norte.

—¿A dónde vamos?—preguntan todas las voces.—¿Qué camino emprendemos?

—¡Vamos á salvar á Davoust y á Ney! ¡Tomamos el camino del deber!

Y todas las voces enmudecieron; la cosa parece muy natural y todo el mundo obedece.

Napoleón arrancará sus dos lugartenientes á Rusia, ó se quedará con ellos. Eugenio, salvado, proseguirá su camino hacia Liady; después del esfuerzo que ha hecho, puede seguir andando, mas no puede batirse. El general

Claparède, con los enfermos y los heridos, defenderá á Krasnoi; algunos enfermos ó heridos bastan para tener á raya á un enemigo que se cae apenas lo tocan.

Por la tarde, Napoleón se encuentra rodeado por tres ejércitos; hay uno á la derecha, uno á la izquierda y otro enfrente. Esos ejércitos no deben hacer más que andar, que reunirse, ¡y ahogan entre sus ciento veinte mil soldados, á Napoleón y sus once mil hombres! No han de hacer más que aproximar sus baterías, disparar durante un día, ¡y los aplastan! ¡No hubiera escapado uno solo! Pero los hombres permanecieron en su sitio; los cañones enmudecieron.

Había defensores, invisibles á los ojos de nuestros soldados, que se levantaban amenazadores á los de los rusos: ¡eran Rívoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Eckmühl y Wagram!

Necesitáronse tres años de reveses para que se comprendiera la vulnerabilidad de aquel nuevo Aquiles; necesitóse á Inglaterra, aquella encarnizada enemiga, para hundir en el corazón de aquel león moribundo, el puñal de sus *horse-guards*; ¡necesitóse el gran barranco de Waterloo para servir de tumba á la guardia imperial!

Por fin, el cañón empezó á disparar: era hacia atrás, en Krasnoi. El enemigo, que respetaba á Napoleón, atacaba á Claparède.

Nos hallábamos envueltos por los cuatro costados.

Era, sin duda, una señal: los otros tres costados incendiáronse á su vez.

Continuamos avanzando; era, en grande, una cosa parecida al Kremlin: andábamos contra el fuego, entre dos murallas de fuego.

De pronto, abrióse aquella muralla ardiente, milagrosamente atravesada por Davoust y sus hombres.

Sólo quedaba que alcanzar y librar á Ney.

Davoust no había oído hablar de él. Sabía únicamente que su colega debía quedar un día rezagado. Ahora bien: era imposible esperarle un día bajo aquel fuego: el ejército entero hubiera quedado fundido como un bronce en el horno.

Napoleón llama á Mortier y le ordena defender á Krasnoi, esperar á Ney el mayor tiempo posible, mientras él se dirige á abrir camino al ejército por Orcha y Liady.

Con Napoleón va la fuerza, ya lo hemos dicho, y se necesita una terrible máquina de guerra para aplastar á los cuarenta mil rusos que durante el movimiento que Napo-

león ha hecho hacia Smolensko, se han deslizado entre él y Polonia.

El emperador y los restos de la vieja guardia toman por el camino de Krasnoi; Mortier, Davoust y Roguet sostienen la retirada.—Roguet y la joven guardia, que el día antes constituían cabeza de columna en Chirkova y Malievo, formaban el día siguiente, la retaguardia en Krasnoi; así pues, al volver á entrar en la ciudad, del primero de gastadores, de un regimiento completo lanzado al asalto por dos veces contra una batería rusa, ¡no quedaban más que cincuenta soldados y once oficiales!

Napoleón llegó por la noche á Liady; el día siguiente, á Orcha.

En Smolensko tenía aún veinticinco mil hombres, ciento cincuenta cañones, un tesoro, víveres; en Orcha no poseía más que diez mil hombres, veinticinco cañones y un tesoro robado.

Aquello no era una retirada, sino una derrota; no se trataba de retroceder, sino de huir.

El general Éblé, con ocho compañías de zapadores mineros, fué enviado á asegurar el paso de aquellos diez mil hombres por el Beresina.

Napoleón debería tal vez salir de Orcha; pero al dejar Orcha, deja á Ney; y, más desdichado que Augusto, que podía al menos reclamar sus legiones á Varo, ¡reclama Ney á sí mismo!

A todas horas de la noche abre la puerta y pregunta:

—¡Hay noticias de Ney?

A cada ruido que percibe en la calle, abre la ventana y pregunta:

—¿Llega Ney?

Todas las miradas se vuelven hacia el norte; no se ven más que líneas, cada vez más espesas, de batallones rusos. Escuchaban y no oían siquiera el cañón: era el silencio de la tumba; si Ney viviera, Ney se batiría... ¡Ney había muerto!

Y como si su muerte fuese cierta, se repetían unos á otros:

—Yo le vi el 15, y me dijo...

—Yo le vi el 16, y me respondió...

Y Napoleón decía:

—¡Ney! ¡Mi valiente Ney! ¡Daría todos los millones que guardo en las cuevas de las Tullerías para rescatar á mi duque de Elchingen, á mi príncipe del Moskova!

De pronto, en medio de la noche, se percibe el paso de un caballo que llega al galope, y luego algunas exclamaciones, entre las que se mezcla el nombre de Ney.

—¿Ney?—grita Napoleón.—¿Quién me trae nuevas de Ney?

Conducen ante el emperador á un joven cubierto con los harapos de un uniforme azul bordado de plata.

Napoleón reconoce un oficial ordenanza de Eugenio.

—¡Ah! ¿Sois vos el señor Pablo Richard?—dijo Napoleón.

—No, señor; soy Luis Richard... ¡Mi hermano Pablo ha muerto! Pero el mariscal vive, señor.

—¿Dónde está?

—A tres leguas de aquí; pide socorros.

—¡Davoust! ¡Eugenio! ¡A socorrer á Ney! ¡Venid, mis mariscales! Hay noticias de Ney... Todas nuestras pérdidas son reparables: ¡Ney es salvo!

Eugenio entró el primero.

—Una cruz de la legión de honor para este mensajero de buenas nuevas, Eugenio.

—Esta es la de mi hermano, señor,—dijo el joven, sacando del pecho la cruz, que había arrancado, después de muerto, del traje de Pablo.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi valiente Luis?—dijo Eugenio.—La noticia es buena; ¡pero el mensajero la hace mejor todavía!

—Señor,—dijo entrando Mortier,—aquí estoy, dispuesto á partir.

—Y yo también,—dijo Eugenio.

—Yo soy más antiguo que el príncipe,—dijo Mortier.

—Señor,—repitió Eugenio,—yo soy rey: yo reclamo la prerrogativa de mi rango; nadie dará antes que yo la mano á Ney.

Mortier dió un paso atrás.

—Dame la mano,—le dijo el emperador.

Mortier tomó la mano de Napoleón y la besó con un suspiro.

—Yo te haré rey un día, Mortier; y entonces tú también dirás: «¡Quiero!».

Dos horas después, Napoleón veía entrar á Ney en su cuarto y le tendía los brazos exclamando:

—¡He salvado mis águilas, puesto que estás vivo, mi valiente Ney!

Luego, á los que le miraban y le rodeaban:

—Señores,—dijo,—yo hubiera dado trescientos millo-
nes, hace tres horas, por este minuto de alegría que Dios
acaba de darme por nada!

XVII

La vuelta

Hace tres años, casi día por día, que en el comienzo de estas escenas militares hemos introducido al lector en el gabinete particular de Napoleón en las Tullerías; rogá-
mosle que nos espere entre la triste y silenciosa obscuridad de los palacios sin sus dueños; nos hallamos á 18 de diciembre de 1812: no permanecerá mucho tiempo entre tinieblas y quietud.

En efecto: en aquel momento, una mala silla de posta se detiene ante el portillo de las Tullerías, frente á la calle de la Escala, y durante diez minutos llama inútilmente.

Por fin, el conserje, despertado por los soldados de guardia, más bien que por los porrazos dados á la puerta, se decide á informarse de las causas del ruido, y se queda estupefacto á la vista del mameluco Roustan, vestido con su uniforme egipcio, y que á través de la verja le grita con impaciencia:

—¡Despachad! ¡Es el emperador!

El conserje se lanza á la puerta, que gira inmediatamente sobre sus goznes; el coche pasa por el portillo, corta diagonalmente el patio, y va á detenerse ante el vestíbulo.

Dos hombres, uno de alta, el otro de mediana estatura, envueltos en abrigo de pieles, bajan de la silla de posta, y suben rápidamente las escaleras.

El mameluco Roustan les precede, diciendo sólo:

—¡El emperador! ¡el emperador! ¡el emperador!

Un camarero llegado al propio tiempo que el ilustre viajero, toma un candelabro de uno de sus camaradas que se presenta al ruido, y se encamina en derecha al gabinete de Napoleón.

Ya sabe que el sueño no es más que la segunda necesidad de aquel hombre de hierro á quien obedece.

El emperador atraviesa el gabinete donde, tres años antes, se detuvo á dormir un instante; donde la pobre Josefina, ligera como una sombra, se acercó á él y, dulce como un plácido sueño, rozó apenas su frente con un beso.